

CAROLINA, HISTORIA DE UNA ADICCION

Ana Cristina Figueroa

INTRODUCCIÓN

«Adicción» es una palabra que asusta. Evoca imágenes de consumidores que se arrastran por las calles, pierden sus trabajos y sus hogares y llevan una vida obviamente autodestructiva. No nos agrada esta palabra y no deseamos aplicar el concepto a nuestras relaciones amorosas. Pero muchos hombres y mujeres han sido «adictos a sus relaciones» y, al igual que cualquier otro adicto, necesitan admitir la seriedad del problema antes de empezar a curarse.

He querido elaborar este artículo para hacer evidente un problema devastador que consume la vida de personas que aman en forma obsesiva y cuya raíz de esa obsesión no es el amor sino el miedo: miedo a estar solos, miedo a no ser dignos o a no inspirar cariño, miedo a ser ignorados, abandonados y destruidos. Dan amor con la desesperada ilusión de que la persona por quien están obsesionados se ocupe de sus miedos. En cambio, los miedos -y su obsesión- se profundizan hasta que el hecho de dar amor para recibirlo se convierte en la fuerza que impulsa su vida.

CAROLINA UNA MUJER ADICTA A LOS HOMBRES

Me llamo Carolina, tengo 33 años, estudié hasta noveno de bachillerato, soy ama de casa y hace doce años, me casé con Juan Carlos por la iglesia. La experiencia agri dulce que viví la noche de mi boda, ha sido constante durante todos estos años de matrimonio. Ese día, recuerdo que posábamos para el fotógrafo bebiendo una copa con las manos entrecruzadas y cuando fui a ponerla sobre la mesa, hice un mal calculo y se volvió añicos en el piso. Las viejas zizañosas que estaban presentes, horrorizadas se taparon la boca, en señal de un mal presagio. Esa noche, después de bailar el vals y vivir el sueño mas romántico de mi vida, también tuve la experiencia

mas amarga. Mi mamá se enlagunó porque bebió demasiado y empezó a hacer ridículos en la fiesta; cuando Juan Carlos, le llamó la atención, se desató en insultos y palabras soeces. Acto seguido, mis suegros y mi esposo abandonaron la fiesta como a las dos de la madrugada, mi suegra me dijo que me fuera con ellos, yo estaba muy disgustada porque él le gritó a mi mamá «vieja loca» y me quedé en mi casa. Mis padres y hermanos siguieron bebiendo y como a las seis de la mañana, empezaron a lanzar todos los regalos que me habían dado a la calle, gritándole palabrotas a Juan Carlos que vivía enseguida de mi casa. Sentí mucho dolor de ver como se quebraban platos y se desportillaban ollas.

Aunque me casé de blanco, el día de mi boda tenía un mes de embarazo. A los tres meses me dieron muchas náuseas, permanecía en la cama, vomitando, mareada y resentida por la indolencia de mi marido que los fines de semana se iba a tomar trago con sus amigos y aunque le rogaba que no se fuera, más lo hacía como por darme «pica». Recuerdo que algunas veces me tocó llamar a su oficina e inventarme una mentira porque se perdía sábado, domingo y lunes. No se si fué que me volví muy sensible en el embarazo, pero mantenía llorando de ver lo «patán» que era conmigo cuando se emborrachaba y que solo pensaba en él, no me sacaba para ninguna parte, yo solo iba donde mi mamá los domingos. Cuando tenía ocho meses de embarazo, un día estaba en el sofá de la sala, llorando y con mucha rabia porque mi amiga Erika me dijo que lo había visto en «Juanchito» bailando con una vieja, cuando llegó le hice el reclamo y él no me miró, me ignoró por completo, luego se metió en la ducha y se cambió de ropa. Sabiendo que él se iba a ver otra vez con esa mujer, me arrodille suplicándole para que no se fuera y él por encima de mí, prendió la moto y salió disparado. Fué tanta mi angustia ese día que ahí mismo me dieron los dolores y nació mi muchachito sin él darse cuenta, pues, yo no sabía donde estaba. Permanecí en la clínica tres días porque me hicieron cesárea y me estaba complicando. El segundo día, Juan Carlos me envió un ramo de rosas blancas hermosísimas, media hora después llegó, contentísimo por nuestro bebé. Mi esposo siempre me sorprende con esos detalles y ha sido muy responsable con los gastos de la casa. Como siempre ha tenido un buen trabajo, despuecito de nacer nuestro bebé compraba los pañales desechables y la leche por cajas para que no le faltara nada. Nunca he tenido necesidad de trabajar porque él me da todo, e incluso me da para mis caprichos y cuando está en sano juicio es el ser mas noble que hay sobre la tierra. Creo que no podría vivir sin él, lo amo con todas las fuerzas de mi ser y sin él mi vida no tendría sentido, él es todo para mí! Poreso, Cuando mi abuelo estaba agonizando, me acerque a su oído susurrándole: «ahora que usted nos deja, ayúdeme para que no se destruya mi hogar». Creo que él me oyó porque todavía estamos juntos.

Juan Carlos como todo hombre caleño ha sido muy amante del trago y las mujeres, ha tenido en un segundo plano el hogar y eso suscitó muchas peleas entre los dos. Hace dos años,

descubrí que estaba saliendo con una vecina de por la casa. Yo no sabía nada y mi hermana me dijo, «Hola, ¿vos es que sos ciega o qué?». Yo le pregunté: «¿por qué?». Y ella me contestó: «Juan Carlos está enmojado con la vieja Laura, la que vive en sequida de la droguería Dinastía». Desde ese día me puse a pistiarlo. Una vez, lo seguí en mi carro sin que él se diera cuenta y alcancé a ver que el montó a la vieja Laura en la camioneta como a diez cuadras de la casa, aunque comprobé lo dicho por mi hermana, no me di por vencida y los seguí para darme cuenta a dónde se metían. Cuando vi que paró en una casa, le pité para que él se enterara que lo había pillado, parece que habían llamado por celular para que les abrieran inmediatamente, porque apenas paró la camioneta les abrieron la puerta. Apagué el carro y me puse a llorar al ver que él no se había devuelto. Empecé a pitar y timbrar y no me abrieron. Estaba tan dolida y con tanta rabia que tomé la determinación de no irme hasta no verlo salir y me choniar a esa vieja descarada quita maridos. Permanecí allí toda la noche aunque hacía mucho frío y estaba muy nerviosa; yo no podía creer que mi marido me hiciera eso, porque aunque sabía que él era mujeriego, era la primera vez que lo sorprendía con las manos en la masa. Recuerdo que estaba muy angustiada, las piernas me temblaban y estaba como petrificada. A las siete de la mañana, salió esa mujer, me bajé del carro, la cogí del pelo y la tiré al piso, le alcancé a arañar la cara. Estaba tan enfurecida que las únicas palabras que me salieron de la boca fueron: «esta hijueputa, malparida!!! «estaba fuera de sí y creo que si hubiera tenido un revolver en la mano la había matado. Ella parecía una gata mansa porque se quedó quieta y sin decir nada. Juan Carlos me la alcanzó a quitar y la subió a la camioneta. Yo me quedé allí paralizada, llorando y vuelta trizas, cuando sentí que podía manejar me fui. Después de eso, fui al apartamento, empaqué mi ropa y me fui para donde mi mamá con mi niño. No hacía sino llorar, no podía dormir, no comía, lo único que me provocaba era tomar tinto y fumar cigarrillo. A los ocho días Juan Carlos arimó a la casa y me pidió perdón. Yo estaba muy disgustada y le dije que no volvía con él si no asistíamos a una terapia de familia, el aceptó. Esto nos sirvió porque logramos hacer las paces

Hace quince meses se hizo hacer un examen de sangre porque le iban a hacer una cirugía en la nariz, como a los dos días de haberse tomado el examen el médico lo llamó a la casa diciéndole que tenía que ir inmediatamente a la clínica. El se asustó y salió disparado. Cuando llegó, el doctor estaba con una Psicóloga y una Trabajadora Social. Después de saludarlo el médico le dijo: «don Juan Carlos, no se vaya a asustar, tómelo con calma, queremos darle una mala noticia, hemos revisado sus exámenes y nos hemos dado cuenta que usted tiene SIDA. No se preocupe, con algunos cuidados, usted puede llevar una vida normal. Le presentó a la Psicóloga y a la Trabajadora Social le van a hablar de una rutina que usted puede llevar, si la sigue con firmeza eso le va ayudar mucho porque hay personas que han durado más de diez años.

Mi marido llegó descompuesto a la casa, lloraba desconsoladamente y estaba muy nervioso. Al verlo, le pregunté: ¿Juan Carlos que te pasó? y él me contestó: «tengo que decirte algo muy grave y yo se que me vas a dejar por esto, adiviná que es». Le contesté, lo mas grave que me podés decir es que tenés un hijo en otra mujer y me dijo: «tengo SIDA». Yo le dije: «¡Ah!, era eso, no te preocupes que eso lo podemos afrontar juntos» lloraba copiosamente mientras yo lo abrazaba y trataba de consolarlo. Hace un año me hice la prueba de Elizabeth y también estoy infectada. Ahora estamos asistiendo a un grupo de parejas portadores del VIH donde no solo nos enseñan a llevar una dieta adecuada, sino que nos apoyan moral y psicológicamente y nos ayudan a vivir con la enfermedad. Ahora Juan Carlos no toma y el dinero nos alcanza más, hemos desarrollado más espiritualidad, vamos a misa y nos recreamos en familia. Sin embargo a pesar de esa paz aparente, la misma sensación agri dulce me acompaña, porque detrás de esa aparente tranquilidad hay una amenaza de muerte constante que nos quiere devorar. Sé que voy a morir pronto, pero me consuela saber que cuando él muera, mi muerte también estará próxima y no lloraré mucho tiempo su ausencia, mi tumba estará cerquita a la suya y aún ni la muerte nos podrá separar.

SISTEMA DE CREENCIAS DE CAROLINA FRENTE A SU RELACIÓN AMOROSA

Carolina cree ciegamente que está transitando en un mundo duro, cruel e implacable. La experiencia vivida la noche de su boda, donde por un breve momento experimentó felicidad fué seguida por una experiencia que la llenó de amargura y vergüenza cuando sus padres y hermanos lanzaron sus regalos a la calle. Desde el inicio hasta el final de su relato habla de una sensación agri dulce, que no es más que la creencia de pensar que su vida está empañada por la fatalidad.

Hay un sentimiento de desamparo, de abandono que la embarga. Cree que necesita de alguien para ser feliz, vive en una total ilusión de completud, de simbiosis en un tiempo infinito. Concibe el amor como fusión, cuya máxima es: «yo soy tu y tu eres yo». Carolina solo adquiere valía en los brazos de su amado, su autoestima se basa en complacerlo. Su concepción del amor no conlleva a su crecimiento personal sino a su propia destrucción.

Cree que es portadora del amor verdadero, de un amor que no admite la duda, ubicado dentro de la lógica de los absolutos, «amar o morir», en donde se niega el matiz, la construcción o el proceso. Es un amor a prueba de todo, ninguna cosa lo hace tambalear, porque para Carolina «amar es entrega total» es un amor que duele, un amor que quema, un amor que mata...

Cree que puede controlar el comportamiento de su marido tratando de salvarlo. Pareciera ser que el dolor y sufrimiento que experimenta, son indispensables en su empeño inquebrantable de redimir y salvar a su esposo. Se ve a si misma como el sustento de su marido, el mejor soporte en su búsqueda nostálgica del paraíso perdido de su infancia. Al constituirse en salvadora de su marido, ella logra controlar, amarrar la relación aun a costa de su propia vida.

¿COMO SE FORMAN LAS RELACIONES ADICTIVAS?

Florence Thomas en su libro «Estragos del Amor» (1995) nos dice que no existe historia de amor adulto que no sea, de una u otra manera la repetición con otra clave, con otro registro de las primeras historias de amor, historias que nos marcan definitivamente: el amor adulto es heredero de los amores infantiles y, particularmente, de una historia inicial con un otro que nos amó lo suficiente para darnos la posibilidad de construirnos por medio de la constitución de una primera imagen de identidad. De hecho el niño paulatinamente se identificará con la imagen que le da existencia de la madre o la de la persona que lo ama (Thomas, 1995: 72).

Ese primer amor pasa por distintas etapas dentro de las cuales la inicial es la llamada narcisismo primario. En ese momento el niño ocupa toda su libido, toda su energía síquica en sí mismo. Su libido es el mismo, no existe aun ningún objeto fuera de él. Todavía no se reconoce distinto de la madre y su amor es absolutamente simbiótico, sin distancia, todo volcado sobre el. No existe otro placer que su propio placer, autoerótico, todavía muy corporal y de sobrevivencia, como una especie de lucha contra la muerte. Amar en esta etapa es ante todo amarse y ser amado por alguien. Al sentirse uno con la madre construye la ilusión de que el mundo gira a su alrededor, que está volcado sobre el y que es capaz de controlarlo todo (Florence Tomas, 1995).

Esta etapa de narcisismo primario es fundamental, pues toda la vida y en particular durante la vida amorosa adulta (y probablemente con mas fuerza en el momento del enamoramiento), el hombre buscará satisfacciones que le recuerden ese momento del narcisismo infantil y muchos de sus amores tendrán el sabor de esa búsqueda nostálgica e insaciable de estos placeres de la primera infancia. El hombre se vuelve así alguien que busca toda la vida algo perdido, allá en el pasado.

De todas maneras, no se puede olvidar que, aún en esta etapa y puesto que sus demandas van a ser interpretadas por el otro (e interpretar la demanda no significa que la puede satisfacer del todo), el niño vive la carencia, que es exactamente esa brecha, ese vacío que

representa lo que no puede ser colmado. Por tanto, en un esfuerzo por remediar esa carencia, la representación aparece y funciona, dando inicio a la capacidad de simbolización, en la cual busca un objeto transicional en el que simboliza al otro, espacio vital donde el niño aprende a manejar la frustración. En este sentido es la falta la que nos estructura, la que nos permite nacer como sujetos, pues es ella la que se «representará» y «simbolizará». De esta manera empezamos a entender cómo el hombre se construye en el deseo y en consecuencia en la carencia (Florence Tomas, 1995).

Cuando el niño no construye ese espacio transicional, entre la madre y él, que le permite adentrarse en la terceridad, desarrollando la capacidad de simbolización, fetichiza el objeto amado, abrogándole la ilusión de bienestar y completud, vive en un eterno narcisismo, conservando ese sentimiento de omnipotencia que le permite mantener la ilusión de ser el centro del universo y le impide elaborar las pérdidas, asumir responsabilidades y hacerse cargo de las consecuencias de sus actos.

Ese niño en su estado adulto elige objetos o conductas (drogas, alcohol, la comida, el juego, amar demasiado a alguien, etc.) para nutrirse emocionalmente, concediéndoles el poder de llenar sus vacíos y carencias. Es allí donde se construye la personalidad adictiva, que puede ser descrita como una relación emocional con un objeto, a través de la cual el adicto trata de satisfacer sus necesidades afectivas, dándole un sentido de vida. Este objeto se hace irremplazable y devastador.

Parece ser que el amor en la infancia, vivido por exceso o por defecto, produce el mismo efecto. Si un niño ha sido privado afectivamente o se le ha amado demasiado, puede tener dificultad para establecer relaciones amorosas con un tercero, actuando en él, el mecanismo básico de la adicción, en la cual «fetichiza», «cosifica» al otro. Convirtiéndose en un individuo manipulador porque ha aprendido a relacionarse con las cosas, que aunque le dan la sensación de poder, lo angustian y le recuerdan su incapacidad de establecer relaciones amorosas saludables. Al igual que con las cosas, el adicto fetichiza sus relaciones amorosas. En ellas predomina el vínculo tipo fusión, que nos recuerda aquel amor simbiótico de la primera infancia, entre madre e hijo, apego de la relación narcisista en que cada uno es imagen especular del otro.

La estructura de la personalidad adictiva es, pues, producto de una falla en la relación con un objeto amoroso (la madre) y a partir de esta falla, la relación con ese objeto amoroso aparece como una forma de vida. El adicto busca recuperar el objeto perdido, dándole a las cosas una investidura que no le permite elaborar la ausencia sino ocultarla. Persiste la necesidad de dependencia externa con los otros que se «cosifican» y al tiempo la rabia por tener que depender y una gran intolerancia a que le fallen, los otros son usados para calmar

la ansiedad y persiste en el una sensación de soledad intolerable. El objeto amoroso es investido de omnipotencia, capaz de brindar la totalidad de la satisfacción, aplacar la angustia de separación y colmar el deseo de completud; y aunque pareciera que fuera un amor muy grande, se busca sentirse llenado, protegido, contenido por el objeto amoroso. Estableciéndose un amor patológico con dicho objeto, del cual se depende emocionalmente.

JUAN CARLOS Y CAROLINA EJEMPLO DE UNA RELACIÓN ADICTIVA

Este breve análisis sobre la personalidad adictiva, nos sirve para comprender la profundidad de la adicción de nuestros personajes, ella adicta a un hombre que, a su vez, es adicto al alcohol. Es evidente que en esta pareja, ambos están literalmente muriendo por sus adicciones: el por los efectos del consumo del alcohol; ella por los efectos de una tensión extrema.

La historia de Carolina me clarifica el increíble poder y la influencia de sus experiencias infantiles sobre sus patrones de identidad para relacionarse con los hombres. La relación amorosa que experimentan nuestros personajes, me trae a la memoria el amor simbiótico de la primera infancia entre madre-hijo; apego de la relación narcisista en que cada uno es la imagen especular del otro. Ella ama sin distancia, sin espacio para respirar, solo encuentra oxígeno en la boca de su amado. Ama con intensidad, su vida se agota en el mundo de la relación. Todo lo demás carece de importancia. Niega las diferencias, disfraza o devela las debilidades, acentúa las semejanzas y se miente a sí misma para mantener erguido a su ídolo con pies de barro. Ante algo tan grave como es haber sido infectada de SIDA, antepone la relación a su integridad física, diciendole a su esposo «afrontaremos juntos esto» y solo le acompaña la esperanza de morir a su lado como si pretendiera permanecer atada a él hasta mas allá de la muerte.

Para ella su amado es un ideal, un imaginario que la hace autoconvencerse de amarlo cuando mas se le escapa. Bajo la intensidad de su amor está latente y con gran carga de angustia un sentimiento de carencia, de la separación primordial. En lugar de un acercamiento a la realidad del otro, a una aproximación en el reconocimiento de la diferencia que se constituye en imposible, amenazante e inaceptable, ella se lanza a una fusión que niega a su objeto amado.

El se convierte en un fetiche prefabricado para calmar su angustia de separación; su miedo al rechazo, a la pérdida, al distanciamiento o simplemente a la confrontación de la realidad. Con la imagen de su amado ella fabrica un sueño, teje una ilusión de amor ideal, volviéndose una fijación el deseo de posesión absoluta, que termina finalmente devorándola.

Asombrosa demencia que no encuentra otra salida que la muerte. Su adicción a su relación de pareja, puede expresarse en esta frase: «ni contigo ni sin ti, tienen mis males remedio, contigo porque me matas y sin ti porque me muero».

Las actitudes, los sentimientos, la conducta y la experiencia de vida de Carolina son típicas de una mujer para quien amar no solo significa sufrir sino morir. Ella exhibe muchas de las características de las mujeres adictas a los hombres; ésto no significa amar a demasiados hombres, ni enamorarse con demasiada frecuencia, ni sentir un amor genuino demasiado profundo por un hombre. En verdad, significa obsesionarse por un hombre y llamar a esa obsesión «amor», permitiendo que esta controle sus emociones y gran parte de su conducta y, si bien comprende que ejerce una influencia negativa sobre su salud y su bienestar, se siente incapaz de separarse. Cualquiera pensaría que Carolina ha sufrido mucho por mantener su matrimonio, pero en realidad a ella no le importa cuanto sufra sino perpetuar una relación que le da piso a sus emociones, porque en su interior no ha desarrollado fortalezas que la estabilicen y pareciera que necesita muletas para sostenerse.

EL CAMINO HACIA LA RECUPERACIÓN

Después de leer la historia de vida de Carolina, queda la sensación de que la adicción es una enfermedad. Pero más que saber esto, surge una pregunta: ¿Cómo puede recuperarse una mujer atrapada en esta enfermedad? ¿Qué debe hacer para dejar atrás esa serie interminable de lucha con «el» y aprender a emplear sus energías en la creación de una existencia rica y plena para sí misma?

Pienso que en primera instancia hay que aceptar que existe un juego interactivo que está sustentando su adicción. Al reconocer y comprender la lógica adictiva de su comportamiento e identificar sus reacciones a nivel pragmático y emocional, iniciará el camino a su recuperación. Los programas de recuperación enfatizan que el adicto tiene que ser totalmente honesto con él mismo. Ella debe hacer su propio inventario, aceptar las carencias vividas en su infancia, resignificar su sistema de creencias y ser consciente de sus emociones para tomar distancia y generar una nueva forma de vincularse emocionalmente. Su reto es construir una realidad a partir de sí misma donde aprenda a asumir sus carencias, donde admita que su cónyuge y ella son diferentes, aceptando que el no será un sujeto único para ella, sino un sujeto privilegiado. Su desafío es construir una relación donde hayan espacios para respirar, y en consecuencia una relación que se enriquezca y alimente del exterior. Un proyecto vital con proyecciones hacia el futuro (lo que implica crisis y reformulaciones), una cotidianidad con intercambios diarios e íntimos, pero también con espacios para un tercero.

Para visualizar a un tercero, ella deberá enriquecer sus relaciones sociales, haciendo uso de una red de apoyo que le ayude a salirse del estrecho mundo de su relación de pareja. Tal vez, inicialmente solo reconozca que necesita ayuda y no sea plenamente consciente de la complejidad de su problemática. Sin embargo, el contacto con esa red de apoyo puede ayudarla a comprender la complejidad de su situación.

Carolina sostiene una relación con rasgos de co-adicción con Juan Carlos que es alcoholico. Por ejemplo: Alcohólicos. Anónimos tiene un programa de recuperación para mujeres co-adictas, llamado Alanon. Funciona en iglesias o Centros comunales de varios barrios de la ciudad y otras partes del país.

Esta última recomendación es básica porque los adictos no pueden romper el proceso adictivo por sí mismos y por tanto, necesitan de un elemento externo. Aquellos que tratan de romper el proceso adictivo encuentran que la adicción es lo único que conocen. Para recuperarse deben aprender un nuevo estilo de vida lentamente, que incluye la relación con otras personas que al igual que él, hacen de su recuperación una prioridad en su vida. Estas relaciones aumentan la satisfacción personal y le permiten crecer.

Crain Nakken, en su libro la personalidad adictiva (1999) dice: «el mundo del adicto se basa en un flujo interno. Para recuperarse, la persona debe aprender cómo alcanzar el exterior y sostenerse en ese flujo, lo cual no puede lograr por sí solo. La forma como está vinculada a la adicción le impide encontrar una salida al exterior y permanecerá en una relación adictiva hasta que algo o alguien intervenga en el asunto». (Nakken, 1995: 74).

Carolina tal vez no contempla la necesidad de liberarse de esa relación fusionada con su esposo porque ahora toda su energía síquica está centrada en sobrevivir a la grave enfermedad que padece. No obstante, su historia puede ser útil para muchas mujeres que se sienten atrapadas en una relación adictiva. Aunque, la intención de no estar fusionado, no deberá polarizarnos al extremo de pretender ser completamente independientes en nuestras relaciones amorosas, porque tal actuación estaría sustentada sobre la misma base de la adicción. Pienso que lo que podríamos hacer es lograr un reconocimiento sin rabia de la dependencia reciproca que tienen todas las relaciones humanas y aceptar que aunque somos seres interdependientes también somos seres diferenciados y por tanto, debemos reservarnos un espacio para nuestra individualidad.

BIBLIOGRAFÍA

- FLORENCE THOMAS. *Los Estragos del Amor*. Editorial Universidad Nacional. Bogotá, 1995.
- ROJAS, NELLY. *La Pareja Cómo vivir juntos*. Editorial Planeta. Bogotá, 1994.
- ROBIN NORWOOD. *Las Mujeres que aman demasiado*. Editorial Priting Books, 1986.
- CARMEN RENE BERRY. *Cuando ayudarte significa hacerme daño*. Editorial Verla, 1990.
- CRAIG NAKKEN. *La personalidad adictiva*. Editorial Diana Mexico, 1999.